

CON JEAN GROFFIER

JEAN Groffier nació en Lieja como Simenon, el famoso novelista policial, y como Simenon es un viajero implacable. Nacer y vivir a orillas de un río constelado de embarcaciones implica oír como Isaías los cantos que vienen del fin de la tierra y estar siempre listos para partir a su encuentro, ciegos a la fascinación de la tornadiza Galatea que arroja, para retener al viajero, sus manzanas en la playa. Pero así como Simenon ama la lluvia y los países *que no son tristes pero dan tristeza*, Groffier siempre se sintió atraído por las tierras soleadas como si en su alma se removieran ancestrales nostalgias por las colinas ardientes en que florecían las vidas que ambriagaban a Salomón y los rosales que daban rosas a la Sulamita. Lieja es gris y aparece constantemente vestida de otoño, pero Groffier desciende de borgoñeses y en Borgoña los pinceles del sol pintan el cielo de azul, y las uvas de rojo, y doran por igual los semblantes de los transnochadores, los viñadores y los ascetas.

Bélgica, capital de la Comunidad Económica Europea, produce todo lo que puede producir un país de tierra fértil y clima húmedo y, además, poetas y escritores, pero los poetas y los escritores si desean que su obra alcance la acústica necesaria tienen que radicarse

en París, antesala de todas las consagraciones. Maeterlinck, Franz Hellens, Henri Michaux, Fernand Crommelinck, Felician Marceau, entre otros muchos, hicieron el camino. Nadie los ignora. (Julio Cortázar también nació en Bruselas y reside en París, pero es argentino).

Jean Groffier vive en París donde funciona desde hace años como *courtier* —en el sentido más noble y antiguo del término— de la Unesco. Su nombre no ha alcanzado la repercusión mundial de sus compatriotas más notables, pero la crítica europea señala siempre con grandes elogios la aparición de cada uno de sus libros —ya traducidos a numerosos idiomas— y veinticinco años atrás tuvimos el honor de presentarlo a los lectores de una publicación argentina, a raíz de unos sensacionales trabajos suyos de investigación, tendientes a demostrar que los germanos son de origen judío. Este antecedente facilitó el encuentro.

En el desarrollo del espíritu debemos ser capaces de vivir no sólo nuestras vidas, sino también la vida colectiva de la especie. En esta época de pasiones combatidas, de tristes violencias, de sueños cerrados, puede parecer temeridad ir resueltamente hacia las causas,

dispuestos a encontrar un camino para reescribir la historia. En esa tarea se halla empeñado Jean Groffier, dueño de esa formación cultural, esa serenidad y ese equilibrio que descansan en la íntima y razonada energía y en el limpio anhelo de encontrar la verdad.

Aparentemente distraído, dueño de esa mirada pensativa que suelen tener algunos músicos cuando se encargan una foto para los periódicos, una vez que el tema de la conversación lo pone en órbita, los ojos de Groffier se concentran sobre el interlocutor con tanta intensidad que uno teme terminar hipnotizado. La figura es sólida y ágil, las facciones armoniosamente esculpidas las mejillas rosadas, de ese rosa patinado de los lienzos antiguos, puntiaguda la barbilla, las manos casi coloradas como las de un edomita, y el modo de expresarse que comunmente se asocia con profesores y viajeros, suele hacerse conmovido pero en este caso la voz desciende extrañamente de tono y hay que acercarse e inclinarse para oírlo como si nos hablara desde el tornavoz de un apuntador.

El día que lo encontramos llegaba a París desde Aix-Provence la noticia del fallecimiento de Jules Isaac, el gran historiador francés que había ido a buscar alivio a sus sufrimientos a la riente ciudad natal de Darius Milhaud. Cuando le informo que en la Argentina generaciones y generaciones de estudiantes secundarios han aprendido historia en sus famosos Manuales, sonrío complacido como si se tratara de una satisfacción que lo alcanzara personalmente.

Jules Isaac, nos dice, no fue sólo un historiador eminente, un gran escritor; fue una conciencia en ascuas. No sé si usted sabrá que su mujer, su hija y su yerno murieron en un campo de concentración. El maestro, que no estaba en París cuando entraron los nazis,

pudo salvarse por un verdadero milagro, gracias a la abnegación de algunos discípulos. El dolor del tremendo desgarramiento en lugar de aniquilarlo multiplicó sus fuerzas. Es necesario haber asistido a sus conferencias, participado de sus campañas, leído sus libros — *Los Oligarcas*, *Jesús e Israel*, *Génesis del Antisemitismo*, *La Enseñanza del Desprecio*, y aún el dedicado a su entrañable camarada de juventud Charles Peguy, para admirar al combatiente, al erudito, al hombre de pensamiento, el gran patriota. Para defender sus principios, cristalizados en la organización de la Amistad Judeo-Cristiana, fundada por él en 1947, Jules Isaac hizo dos veces el camino a Roma y fue recibido por Pío XII y por Juan XXIII. Al final de la audiencia del 13 de junio de 1960 que se prolongó por espacio de más de una hora, el maestro —que tenía 83 años— le preguntó a su santidad si podía llevarse alguna esperanza.

Juan XXIII le contestó, poniéndole las manos sobre los hombros: *Usted tiene derecho a mucho más que una esperanza*. Desde entonces y hasta el fin de sus días, el gran Papa no dejó de ofrecerle a Jules Isaac pruebas de solidaridad reconociendo la justicia y el amor de sus campañas. Se sabe perfectamente que a instancias de éste, Juan XXIII hizo borrar de las oraciones del viernes santo todo lo que pudiera haber de ofensivo para el pueblo judío. Y que esta primera muestra de comprensión sería seguida por otras fundamentales tendientes a suprimir toda fricción con el judaísmo y a reconocer en el pueblo de la madre de Cristo a un pueblo hermano.

—¿Usted es judío, señor Groffier?, le preguntamos a quemarropa.

—Judío, no sé, aunque nadie puede afirmar categóricamente que no lo es, pero semita sí, pues he rastreado entre

Semblanza

mis antepasados algunos moros radicados siglos atrás en el país de Mireya. Y usted sabe que Ismael, el fundador de la familia agarena, era hijo de Abraham. Ahora bien, puede ser que mi apellido, a través del tiempo y de las peregrinaciones de mis antepasados haya sufrido alguna variante, pues los Greffier, con e y no con o, sí que son israelitas, de la misma rama de Armand Lunel, el gran novelista cuya obra exaltó André Spire a quien las nuevas generaciones tienen injustamente relegado al olvido.

El fundador de la hermosa revista "Soleil d'Oc" acaba de publicar una antología de poetas ingleses y un libro de cuentos y leyendas provenzales. Le preguntamos de dónde le viene a este valón, paisano de César Franck y de Isaye, su predilección por los temas que fascinaban a Mistral, un provenzal hasta *la lengua del güeso*, como suelen decir los entrerrianos.

—Desde hace años paso todas mis vacaciones en la alta Provenza y allí me he hecho de infinidad de amigos. Los viejos me han contado historias maravillosas que nadie se preocupó de recoger hasta ahora. Esto fue lo que más me tentó. Mis relatos se inspiran en hechos auténticos. Me gustaría que leyese "Pasaporte al más allá" o "Aldea de hombres", historias que parecen inverosímiles y que, sin embargo, se apoyan en episodios que ocurrieron verdaderamente y son de una fuerza sobrecogedora, temas todos tan apasionantes para el psicólogo como para el folklorista. Por otra parte, participo en muchas campañas de renacimiento provenzal, enderezadas a hacer revivir pueblos y aldeas prácticamente abandonadas, recreando su vida intelectual y artística. Trabajo en ese sentido con Jean Davy, de la Academia de Francia, el autor de los ensayos más lúcidos sobre André Gide, y con Danet, director

de los "Treteaux de France", con Faustin Ripert, director de "Theatre au village" y con un campesino letrado que se llama Elis Blanc, y es un prodigio de versación. Hacemos representar a los clásicos en los pueblos más dejados de la mano de Dios. Organizamos debates, bailes tradicionales, conciertos, recibimos escritores. Durante el último verano tuvimos la alegría de ver entre nosotros a Emilie Noulet, el más fino y mejor amueblado talento crítico de Bélgica, y a su esposo, el altísimo poeta Josep Carner.

—¿Y "Soleil d'Oc"?

—"Soleil d'Oc" nació del deseo de crear lazos entre los intelectuales de todos los países de sol. Con Jean de Foucauld y las Ediciones de la Paloma conseguimos dar una difusión internacional a ese movimiento que reúne a todos los *heliófilos* de raza y de espíritu, desde Marsella a Londres (allí también sienten la nostalgia del sol, y la nostalgia es una forma de amor), desde Lyon a Bruselas y del Senegal al Brasil. Pronto extenderemos nuestro circuito a la Argentina y a Chile, países que espero visitar el año próximo.

Echado para atrás en su diván como si contemplara el sol a través de los montes, Groffier se ausenta por unos instantes mientras su cuarto de trabajo se llena de un silencio ensordecedor. Sobre su mesa se amontonan pilas de manuscritos. Nos atrevemos a despertarlo preguntándole en qué trabaja actualmente. Groffier, ensimismado, se hace repetir la pregunta, se pone de pie y echa a caminar por la habitación como si fuera a buscar la respuesta en el ventanal que da a una calle cuyos árboles presentan armas a un atardecer que va a desplomarse fulminado por una insolación repentina.

—Estoy dando los últimos toques a mi novela "Los insatisfechos", que sitúo en Marruecos, país que conozco

tan bien como Francia, mientras trabajo simultáneamente en un libro de impresiones sobre Armenia y “Los anglosajones son judíos”, una obra para la que vengo documentándome hace muchísimo tiempo.

—¿Perdóneme la impertinencia, señor Groffier, pero su afirmación de que los anglosajones son judíos se sustenta en verificaciones históricas o tienen un trasfondo lírico y metafísico como aquella otra de Lubicz Milozz referente a los orígenes hebraicos del pueblo ibérico?

—Todas mis afirmaciones, nos contesta deteniéndose bruscamente delante nuestro, están prolijamente documentadas. Mi obra, que tendrá unas cuatro mil páginas, contendrá un apéndice iconográfico, bibliográfico y testimonial que abarcará más de quinientas. Le aseguro que las investigaciones y los descubrimientos fueron tan excitantes como las conclusiones. Por otra parte le diré que existe toda una literatura anglosajona —cerca de mil volúmenes— que se ocupa de dicha tesis. Una sociedad de estudios, la “British Israel”, agrupa en torno suyo a centenares de intelectuales, historiadores, hombres de ciencia y artistas que sostienen esta idea: “nosotros, anglosajones, tenemos como antecesores a las diez tribus de Israel” ¿Se trata de una locura colectiva? No podemos creerlo pues ella alcanzaría a la élite intelectual de un conjunto de pueblos, lo que es bastante difícil.

—¿Puede darme algunas precisiones acerca de su tesis?, aventuramos temerariamente.

—Tendría que estarle hablando días y días. Pero damos por ejemplo la genealogía de los reyes de Inglaterra. (Es bien sabido que la familia de los Hohenzollern, aliada por su rama femenina a la de los reyes actuales de Inglaterra se había interesado vivamente en la in-

vestigación de sus orígenes semíticos. Guillermo II, por otra parte, nunca ocultó su convicción de ser descendiente de David y Salomón).

Las crónicas irlandesas nos refieren la existencia en Tarah —colina al sur de Dublín— en otro tiempo localidad poblada, de una hija de faraón, llegada por mar a esas regiones y casada en Irlanda con el príncipe Heremon, contemporáneo y discípulo de Ollan Fola. Este no es otro que Jeremías cuyo cuerpo fue sepultado en Tarah, en un sarcófago llamado *mergesh* (en hebreo: tumba) y designado comunmente como nombre de “tumba de Jeremías”. Es necesario recordar también las leyendas referentes a Baruc y a su escuela de profetas cantada por Walter Scott. Esas crónicas nos hablan igualmente de la piedra mágica sobre la que son coronados los reyes: *Lia Fail* (Fail en hebreo quiere decir escondido, maravilloso). Fergus, rey de Irlanda, vuélvese rey de Escocia en 513 y lleva consigo la maravillosa piedra. Eduardo I llega a ser rey de Inglaterra y transporta la piedra a Londres. Desde entonces ésta se halla en Westminster. Por la línea femenina, esta genealogía se continúa hasta los reyes actuales.

Ante un hecho tan curioso como fue el retorno de los judíos a Palestina bajo la protección de los anglosajones tenemos que pensar que el mismo fue una realización de las antiguas profecías. En efecto, Jeremías e Isaías anunciaron en su tiempo lo que ha realizado el Sionismo (resultado de la conquista de Palestina por el general Allenby y la declaración de Lord Balfour).

Jeremías predice: “En esos días la casa de Judá marchará al lado de la casa de Israel y las dos vendrán juntas del país del norte al país que yo he dado en herencia a vuestros padres”.

Isaías precisa: “...él recogerá los exiliados de Israel y reunirá a los hom-

Semblanza

bres de Judá que se hallan dispersos en los cuatro extremos de la tierra”.

Por otra parte, al Eterno, al tratar su alianza con Abraham termina prometiéndole formalmente que su posteridad poseerá todo el país desde el Nilo hasta el Eufrates (Génesis, XV).

Es sorprendente constatar que sobre todo ese territorio que se extiende desde el Golfo Pérsico hasta el Egipto, comprendiendo el Irak-Arabi, el desierto pedregoso de Siria y el Egipto propiamente dicho, los ingleses reinaban como dueños. Acontecimiento notable, pues en la historia antigua de los hebreos, esta profecía no se había realizado aún. Otro hecho curioso que debemos señalar: los ingleses se establecen en Egipto después de la batalla de Tel-el-Kebir (6/9/1882) que tuvo lugar en esta tierra de Goscem donde fueron reducidos a la esclavitud treinta y cuatro siglos antes los hijos de Israel. ¡Coincidencia sorprendente!

Una gran verdad se esconde bajo esas líneas de la historia. Y se puede afirmar, al comprobar que la historia posee un sentido y leyes especiales. Otras profecías anuncian la supremacía gradual de Inglaterra sobre Alemania (Edem), hecho histórico que debe ser realizado completamente dentro de veinte años...

También para despejar toda duda, dejo consignado en mi obra, que más de mil palabras germánicas poseen una radical hebraica. Ejemplos en la lengua inglesa: *British* (término que designa por excelencia lo británico) es el conjunto de dos palabras hebreas, a saber brit: la alianza, e ish: el hombre. *British* significa, pues, el hombre de la alianza, es decir Israel. *Britania* brit: la alianza, y annia, La Flota o sea La Flota de la Alianza, etcétera.

Las medidas conservadas por los ingleses corresponden a las medidas he-

braicas. La pulgada es idéntica a la pulgada hebrea. El codo inglés equivale al codo sagrado (con una milésima de diferencia. Recordemos las más antiguas leyes inglesas o alemanas, entre otras las de Alfredo el Grande; las costumbres, por ejemplo aquellas que acompañan a la ceremonia del matrimonio, el derecho al mayorazgo. El Unicornio, animal hebreo, se halla en el escudo de armas de Inglaterra. Una piedra figura en la ceremonia de la coronación del rey británico. Esta costumbre existía igualmente entre los hebreos. Y sucede que en ambas partes se le llama de la misma manera: la almohada de Jacob (la piedra del Destino) y se la unge igualmente de aceite.

¿Y no es suficiente acaso el hecho bastante característico que se observa en cada uno de estos dos pueblos: la necesidad de proclamarse *el pueblo elegido de Dios*? He aquí el esbozo de toda una revelación —y revolución— histórica. Los factores que caracterizan a Israel están profundamente incrustados en la vida de la población que habita Inglaterra y Alemania. Además, la Reforma en los pueblos germánicos, es un simple retorno al estudio del Antiguo Testamento y a la pureza inicial del Cristianismo, que vino a corroborar la Ley y no a destruirla. El Génesis nos cuenta que el nombre de Israel fue impuesto a Jacob después de su lucha con el Angel. La lucha se ha reanudado, pero el Angel se ha convertido en un Demonio.

Jean Groffier calla como transportado por sus evocaciones y sus reflexiones. Estamos seguros que el libro del cual acaba de hablarnos promoverá polémicas y discusiones pero marcará indudablemente una época y para los que sepan leer sin prejuicios será un llamado a la unidad y solidaridad de la especie, pues Dios, al crear al primer hombre, ofreció al mundo un solo

ejemplar para que nadie pudiera decir: yo soy de más noble raza que la tuya.

El notable escritor que tiene el dulce mal de andar y posee la clave de las antiguas escrituras y es lo que los hebreos llamarían un *jajam*, un verdadero sabio, ha hecho un pacto con el sol fiel a su viejo sueño de solidaridad humana: "Creo, sostiene, que es necesario realizar la unidad sin dejar de

respetar las diferencias". Es decir que está en la línea más generosa de nuestro tiempo que aspira a la paz en la mutua comprensión de los pueblos.

Cuando salimos a la calle la luna pregonaba otra victoria de la noche, una victoria efímera que debe hacer sonreír a Jean Groffier que vivió quince años seguidos en el Cercano Oriente y en Africa del Norte, besado largamente por el sol.